



**CLAUDIA MASIN** nació en Resistencia, Chaco en 1972. Es escritora y psicoanalista. Vive desde 1990 en Buenos Aires. Coordina talleres de escritura y es docente de la carrera de Artes de la Escritura de la Universidad Nacional de las Artes de Buenos Aires.

Publicó nueve libros de poesía y dos antologías de su obra: "**Bizarría**", "**Geología**", "**La vista**" (Premio Casa de América 2002) "**Abrigo**" (Mención Fondo Nacional de las Artes 2007), "**La plenitud**", "**El verano**", "**La cura**", "**La siesta**" y "**Lo intacto**" (Premio Fondo Nacional de las Artes 2017), las antologías: "**El secreto (antología 1997-2007)**" y "**La materia sensible**" y el volumen "**La desobediencia, Poesía Reunida 1997-2017**"

Se encuentran en preparación la edición mexicana y española de la antología **La materia sensible**, la edición española de **Lo intacto**, la traducción al portugués de **La plenitud** y la traducción al inglés de **Lo intacto**.

## La helada

Quien fue dañado lleva consigo ese daño,  
como si su tarea fuera propagarlo, hacerlo impactar  
sobre aquel que se acerque demasiado. Somos  
inocentes ante esto, como es inocente una helada  
cuando devasta la cosecha: estaba en ella su frío,  
su necesidad de caer, había esperado  
-formándose lentamente en el cielo,  
en el centro de un silencio que no podemos concebir-  
su tiempo de brillar, de desplegarse. ¿Cómo soportarías  
vivir con semejante peso sin ansiar la descarga,  
aunque en ese rapto destroces la tierra,  
las casas, las vidas que se sostienen, apacibles,  
en el trabajo de mantener el mundo a salvo,  
durante largas estaciones en las que el tiempo se divide  
entre los meses de siembra y los de zafra? Pido por esa fuerza  
que resiste la catástrofe y rehace lo que fue lastimado todas las veces  
que sea necesario, y también por el daño que no puede evitarse,  
porque lo que nos damos los unos a los otros,  
aún el terror o la tristeza,  
viene del mismo deseo: curar y ser curados.

## La gracia

A veces, muy raramente, un encuentro nos conmueve  
de una forma que no puede ser atenuada por el pensamiento  
o el lenguaje. Es que trae una memoria  
de lo que fue íntimamente conocido y deseado, pero ha sido  
desplazado a un lugar inalcanzable, de donde no sabría volver  
a menos que una persona -entre todas- lo llamara. Somos  
criaturas tímidas que no han hallado, en respuesta  
a su curiosidad, a su pasión por las cosas, más que daño  
o rechazo. Como animales que han luchado demasiado por su vida,  
no sabemos qué hacer con la alegría, y si llega,  
seguimos huyendo para salvarnos. Si lográramos vencer el terror,  
si nos quedáramos, podríamos recuperar algo  
perdido hace tiempo. La dicha más plena es una dicha física  
y debería producirse sólo una vez,  
antes de que conozcamos las palabras. Su regreso es siempre  
un instante de gracia que nos devuelve el amor con el que un día  
la materialidad del mundo nos ha tocado.

## La estela

Que no debía ser tan complejo, me decías ¿Y por qué no?  
¿Acaso no es complejo el sutil mecanismo  
que pone en conexión al polen y la abeja, o las infinitas  
transformaciones químicas que sufre un pequeñísimo  
grano de arena hasta llegar a ser parte, ya irreconocible,  
del cuerpo del diamante? Es complejo encontrarnos  
y perdernos, los que andan por el fondo de la tierra  
buscando el tesoro de una cueva inexplorada lo comprenden,  
no es al heroísmo ni a la astucia sino al azar o al misterio  
que se debe el descubrimiento: ese cruce fatal, inevitable  
entre quien busca y lo buscado, ese momento de arrebató y mutua  
entrega. ¿Por qué debería ser fácil dar con aquello que esperábamos  
ya de niños en el jardín del fondo de la casa,  
sin saber que se trataba de una espera esa curiosidad honda  
y atenta a cada ruido de la siesta, a una rama  
que se agrieta en el calor, al paso de sombra de un lagarto  
en la humedad de las paredes? ¿Por qué hemos olvidado,  
si lo que sí sabíamos entonces es que es difícil  
cierta clase de belleza, dar con ella, estar despiertos  
cuando cruza por delante de nosotros, no para atraparla,  
sino para quedarnos a vivir en la estela que deja?

## La lluvia

¿Viste cómo llueve? Llovió así toda la noche  
y a cada cierto tiempo yo te hablaba, estuvieras donde estuvieras,  
aunque fuera en el extremo más inalcanzable  
de la tierra. Cuando llueve así, toda la noche, te decía  
pareciera que el mundo fuera a desprenderse de su eje,  
pero la sorpresa más inmensa es que el vendaval termina  
y todo permanece como estaba, apenas un poco de desorden  
que lentamente se transforma en armonía.

Desde niños, vivimos sobreviviendo a catástrofes como ésta,  
a los efectos de lo que tendría que haber pasado y no pasó:  
que la casa se inunde y nuestras cosas se pierdan  
arrastradas por la marea sucia, entre piedras y palos  
y restos de animales, un desperdicio más lo que hasta entonces  
ha sido nuestra historia, los objetos  
que confirman que somos seres físicos y no un soplo  
filtrándose desde afuera de esa vida brutal de la materia  
que no se detiene jamás para incluirnos. ¿Soñaste alguna vez,  
cuando llega la violencia del aguacero,  
con que el río se salga de su cauce para siempre y nos empuje,  
soñaste con la noche en que el rayo finalmente nos alcance,  
descalzos bajo la luz, como esperando saber algo  
que sólo el impacto de una fuerza sobre el cuerpo  
podría revelarnos? Pero el rayo no cae, no cayó  
y al día siguiente todo sigue a salvo en el mismo lugar.  
Ese es el mayor desastre que conozco: haber estado al borde,  
una noche, de que nos fuera concedida una verdad  
extraordinaria, y al amanecer darnos cuenta  
de que somos los mismos y no sabemos nada  
que no supiéramos ya.

La plenitud, Hilos, 2010

## Potrillo

Cada uno carga su familia como los mendigos sus bolsas raídas,  
esas cosas que ya no sirven para nada,  
pero no se pueden abandonar: son parte del propio cuerpo,  
del camino recorrido. Es difícil soltar lo que nos ha acompañado  
tanto tiempo, aunque lastime y agobie, y la espalda se incline  
bajo el peso. Como si fuéramos la muesca diminuta  
sobre el arma disparada en un pasado remoto,  
en una tierra desconocida decidieron por nosotros, antes  
de que naciéramos, hasta los muertos que tendríamos que llorar.  
Pero si nos acompaña una multitud a cada paso, pienso,  
el aislamiento no resuelve nada. Ni construir una cabaña  
con las propias manos en el monte impenetrable,  
darle la espalda al mundo y a los demás, volverse un paria  
que ha rechazado su lugar entre los otros  
para quedar libre de una deuda  
que de todas maneras va a tener que pagar. Entonces,  
si los cuerpos reunidos al principio  
quedan atados por un nudo que atraviesa el tiempo, una cuerda  
increíblemente firme, imposible de desatar,  
¿cómo ser en la vida algo más que una especie  
de fenómeno natural: un latigazo del cielo, un rayo  
que destroza sin razón y sin sentido, o al revés,  
una lluvia suave que reverdece el campo seco y trae alivio  
a los cultivos casi muertos? Es decir,  
¿cómo ser algo más que un impulso ciego  
que actúa sin voluntad de hacer el bien ni el mal,  
por pura inercia desprendida del pasado, de los terrores,  
los deseos, las pasiones de la tribu?  
A veces creo, pero es una cuestión de fe, no sé si es cierto,  
que se puede construir una familia a partir de cosas ínfimas  
que no forman parte de la historia contada  
a través de las palabras o del cuerpo de los que amamos.  
Que podríamos descender en el tiempo  
hasta el instante en que aún no habían empezado ni la fealdad  
ni el miedo, a través de una memoria física que nos devuelva  
la humilde y pura gracia de respirar. Hablo  
de atarnos a detalles tan insignificantes que no serían jamás  
parte del drama y por eso mismo no podrían  
convertirse en el hueso de tu infelicidad.  
Sería tan distinto, claro,  
si tu familia fuera el día en que conociste el verano,  
la primera experiencia de alegría bajo un chorro de agua  
en el sopor pesado de la siesta, el olor de la tierra mojada  
y el contacto del pasto en los pies descalzos. La risa, levantándose  
como la bruma del calor hacia lo alto. Si fuera tu destino ese punto

del pasado, ese resplandor que quedó grabado a fuego,  
clavado en tu carne como la herradura en la pata de un caballo joven,  
de un potrillo que en el momento de entrar al establo  
se retoba y corre y es capaz de fugarse de la vida que le espera.

Leona

*Nunca fue el violador:  
fue el hermano, perdido,  
el compañero/gemelo cuya palma  
tendría una línea de la vida idéntica a la /nuestra.*

Adrienne Rich

Las mujeres enfrentamos en la niñez un pozo  
profundísimo, parecido a los cráteres que deja un bombardeo,  
e indefectiblemente caemos desde una altura  
que hace imposible llegar al fondo  
sin quebrarse las dos piernas. Ninguna  
sale intacta y sin embargo  
suele decirse que se trata de un malentendido,  
que no hubo tal caída, que todas las mujeres exageran.  
Lleva una vida completa poder decir: *esto ha pasado,  
fui dañada, acá está la prueba*, los huesos rotos,  
la columna vertebral vencida, porque después  
de una caída como esa se anda de rodillas, o inclinada,  
en constante actitud de terror o reverencia.  
Muy temprano el miedo es rociado como un veneno  
sobre el pastizal demasiado vivo  
donde de otra manera crecerían plantas parásitas,  
en nada necesarias, capaces de comerse en pocos días  
la tierra entera con su energía salvaje  
y desquiciada. Aún así, siempre quedan  
algunos brotes vivos, porque quien combate a esas plantas  
que se van en vicio, después de un tiempo ya tiene suficiente,  
de puro saciado se retira del campo baldío y a veces  
les perdona la vida y se va antes  
de terminar la tarea. No es compasión,  
es como si una tempestad se detuviera  
porque ya fueron suficientes las vidas arrebatadas,  
las casas convertidas en una armazón de palos  
y hierros podridos, que aun restauradas nunca podrían  
volver a ser las mismas. La compasión, claro, es otra cosa:  
no se trata de saquear una tierra con tal ferocidad  
que lo que queda, de tan malogrado, ya no sirve  
ni como alimento ni como trofeo de guerra.  
En el corto tiempo de gracia antes de la caída,  
las mujeres, esos yuyos siempre demasiado crecidos,  
andamos por ahí, perdidas y felices, esperando  
lo que no suele llegar: la compañía del hermano  
que no tenga terror a lo desconocido, a lo sensible.  
No el hermano que pueda impedir la caída

sino ese que elija caer junto a nosotras,  
desobedeciendo la ley que establece  
la universalidad de la conquista, la belleza  
de la bota del cazador sobre el cuello partido de la leona  
y de su cría. El hermano incapaz de levantar su brazo  
para marcar a fuego la espalda de la hermana,  
la señal que los separaría para siempre,  
cada cual en el mundo que le toca: él a causar el daño,  
ella a sufrirlo y a engendrar la venganza  
del débil que un día se levanta, el esclavo  
que incendia la casa del amo y se fuga  
y elude el castigo. El mal está en la sangre hace ya tanto  
que está diluido y es indiscernible del líquido  
que el corazón bombea: el patrón ama esto  
y el hermano lo sufre, tan malherido  
como la mujer a la que él debería lastimar.  
El dolor sigue su curso, indiferente,  
y el pozo sigue comiéndose vida tras vida, y seguirá,  
a menos que algo pase,  
un acto de desobediencia casi imposible de imaginar,  
como si de repente el cazador se detuviera  
justo antes del disparo  
porque sintió en la carne propia la agitación de la sangre  
de su víctima, el terror ante la inminencia de la muerte,  
y supo que formar parte de la especie dominante  
es ser como una fiera que ha caído  
en una trampa de metal que destroza lentamente  
cada músculo, cada ligamento,  
para que sea más fácil desangrarse que poder escapar.



## Abeja

*La vida está en otra parte*

Arthur Rimbaud

*La condición no se cura pero el miedo a la condición es curable*

Clarice Lispector

Como la abeja que llega al panal  
y encuentra las funciones ya asignadas: la reina, los zánganos,  
las ninfas, las obreras, viniste a cumplir tu tarea  
y retirarte. Raro es decir que no, y más raro todavía escaparse.  
¿Qué hay allá afuera para los renegados? ¿Soledad, incertidumbre,  
miedo a haber quedado sin protección ni casa? Hoy ví una flor  
idéntica a una estrella, estaba en medio de un terreno abandonado,  
y como buena flor silvestre crecía exuberante,  
desmadrada. ¿Qué hacía en medio de un baldío una flor  
que imitaba a una estrella? Yo creo que era tan hermosa  
porque no servía para nada. Es decir, no duraría más de un rato  
viva si la arrancaran, no podría venderse ni comprarse,  
no tenía ninguna función en el ecosistema,  
ninguna criatura la extrañaría si faltase. Y sin embargo  
cada tarde, cuando se iba la luz,  
empezaba a recortarse en el pastizal:  
parecía que estaba sola y que brillaba con luz propia,  
y si me dijeran que en ese momento del día el universo  
giraba alrededor de ella, lo creería:  
los que se apartan de la ley que los obliga  
a estar mimetizados con su entorno, tienen un resplandor  
intenso y breve. Ser raro es dejar de ser reconocido  
por los del propio clan, y ya se sabe  
qué pasa con el que no tiene la aprobación de su especie.  
Da miedo renunciar a la esperanza  
de la normalidad: soñar con que alguna vez aceptaremos  
que se debe tomar lo que hay, atarse a eso  
con desesperación, quedarse en la familia, la patria, el amor,  
el odio que nos dieron. Pero la vida que nos toca es ajena,  
una bomba que llevamos encima y nos ha minado el cuerpo:  
estamos paralizados por el terror a que explote  
cada vez que tratamos de renunciar a ella y encontrar en otra parte  
una vida que se nos parezca.

***La cura, Hilos, 2016***

## **Cómo se cava una trinchera o qué se siente ser un topo en una casa en guerra.**

En los pueblos, cuando no es ninguna hora, es la hora de la siesta. Todo pasa a esa hora. Quien muere a la siesta no muere jamás del todo, quien nace a la siesta no acaba nunca de nacer. Las calles de los pueblos o las ciudades pequeñas están repletas de esos no nacidos del todo o no del todo muertos. Se dice que ellos son la conexión de un mundo con el otro, sea este cual sea y quede donde quede. Son ellos los que pueden hablar con los que no existen, los que pueden traer a la vigilia lo que es sueño, y con solo volcar su aliento sobre las cosas las crean, las destruyen, las curan o las enferman. Aunque también se dice de ellos que están perturbados y que no deben mezclarse con las personas reales, las que nacieron de día o de noche, en tiempos que no tienen esos dobleces por los cuales pueda filtrarse una alegría insana o una tristeza sin remedio. A fin de cuentas en los pueblos las dos cosas son lo mismo: una interrupción, una ruptura indeseable en la línea de un tiempo cuyos mojones son los hechos pequeños, los que pasan sin aspavientos, sin casi ser notados y sin que nadie los recuerde.

Las siestas transcurren en un verano perpetuo, en ese tiempo desalmado que llena los pueblos del norte de un pavor y una reverencia únicas, como un dios de ocho cabezas que todo lo ve y todo lo condena. El vaho del calor difumina los límites de las cosas y hace que todo parezca indefinido, con bordes vagos, indeciso entre la realidad y la ficción. La casa misma, las paredes que por la noche se sienten tan macizas, se aligeran como una zarza ondeando bajo un viento pegajoso. Es el frenesí de los insectos, su momento sagrado. Dueños de la tierra hacen, deshacen guaridas, avisperos, se llevan impunes los restos de las plantas secas y de las aún verdes.

Yo era en toda la casa, a esa hora, la única que quedaba despierta. Salía al jardín o a la calle descalza, y por el resquicio que abría en mi cuerpo el sol, la vida iba entrando en mí, tumultuosa y confusa, y yo no la comprendía, como no comprendía el aura de inminencia, de amenaza, que todos los días —sin falta— resquebrajaba la placidez y el silencio. Fuera de casa, yo me daba cuenta, algo pasaba y no era exactamente una guerra, si bien había una nube combustible, inflamable, a la espera de la chispa que se atreviera a rozarla para iniciar la hoguera, bestial como el disparo de lava de un volcán, dormido desde hace siglos su poder que desborda, de repente exultante, feliz de la descarga que al fin lo libera.

Pero afuera no había una guerra, no eran dos ejércitos. Había un grupo de personas viviendo en el centro de una cueva subterránea, fuera de la cual tropas de hombres sigilosos como jardineros —e igual de crueles que ellos con las alimañas que arruinan sus tierras— estudiaban sus hábitos, sus pocas fortalezas, sus debilidades evidentes, para dejar caer, como al descuido, el veneno que las hiciera morir retorciéndose. Yo sabía que era un topo como ellos, parte de esa plaga que era necesario hacer desaparecer antes de que crezca. En las horas del día más desiertas planeaba una venganza vaga pero tremenda, de la que yo misma desconocía los detalles, pero que un día —y eso sí era seguro— me iba a desagruar. Cada tanto, en fagonazos, venían imágenes de mi vida como topo. Llegaba el olor denso, como a sangre seca, de la tierra que está dentro de la tierra, el zumbido de las abejas sobre mi cabeza, codiciando la dulzura de la fruta que llevaba en mi hocico tosco hacia el fondo de mi cueva, no como alimento sino como señuelo para los seres más pequeños que yo y más indefensos: los gusanos, las lombrices, los organismos que brotan y se alimentan sin deseo ni dirección, tragando oscuridad y desperdicios como yo, que reinaba allí porque todos los lugares, aun los más

insignificantes, deben tener un dueño, alguien que sepa hacer mejor lo que los otros hacen, aunque sea una acción sin ningún mérito. No entiendo de qué lugar desconocido me había llegado la conciencia de esa vida previa, de ese tiempo en que mi única tarea era cavar cada día más hondo para ponerme a salvo en una oscuridad tan plena que me permitiera dormir como un embrión o un ser unicelular en su placenta. No ser molestado, deseaba yo, el topo, si es posible llamar deseo a esa forma primitiva de la huida de la luz hacia la tiniebla, no ser tocado, que la piel se endurezca como el caparazón de los animales que evolucionan hacia lo mineral, que envidian la vida de las piedras, quería que se embrutezca la sensibilidad que distingue una cosa de la otra y todo sea, finalmente, idéntico: el hambre, el alimento, la violencia, la tranquilidad, la vida o la muerte. Estaba seguro de ser perseguido, de ser un flagelo, un ser que no sirve para ningún fin útil, porque a quien conoce lo que no se ve nadie lo quiere, es rechazado hasta por su propio clan: el loco, el desgraciado que escarba y escarba hasta que las pezuñas se le desprenden. Ciertas niñas topos como la que yo era andan por la superficie pero no pertenecen a ella, y lo máspreciado para los de abajo es lo que los de arriba ya no quieren: la basura, los restos, las cosas inservibles. Con eso construimos una casa, una fortaleza, como los fumadores de opio en sus barracas mugrientas que creen estar en un palacio y se despiertan cada tanto de su sueño convencidos de estar teniendo la única clase de vida que vale la pena. ¿Qué quiere decir aislamiento?

¿Quedarse lejos para que las fibras dañadas tengan tiempo de anudarse nuevamente, como un tejido lleno de agujeros que se remienda con una aguja y un hilo pero nunca vuelve a quedar como era? ¿O esconderse para emboscar a quien se acerque y aspirarle el hálito vital que trae consigo hasta que se le desprenda y pase a ser nuestro?

Lo intacto no se aísla: se esconde el animal moribundo o el hambriento, para dejarse consumir o para saltar sobre la presa. O quizás para olvidar que existe el hambre y el dolor, para sacarse solo, sin testigos, la bala del cuero con los dientes. Hay actos que son la forma de fe de los que no creen en nada. Aislarse es tener fe en una forma imposible de estar en el mundo: sin dañar ni ser dañado. Las nenas que fuimos topos enfermos y hambrientos y hemos muerto por negarnos a comer o a ser curados, nos volvimos mujeres que espían detrás de los arbustos y que si ven a alguien cerca, vuelven a la cueva y otra vez se mueren, se quedan escribiendo.

***La siesta, La mariposa y la iguana, 2017***

## La luz de la luna

*y cuando hablamos/ tememos que nuestras  
palabras/ no sean escuchadas/  
ni bienvenidas,/pero cuando callamos/  
seguimos teniendo miedo./  
Por eso, es mejor hablar/ recordando/  
que no se esperaba que sobrevivieramos.*

Audre Lorde

Hay quienes no formamos parte de la especie  
más que como el error, la anomalía que confirma la precisión  
y el equilibrio de las cosas. Como las crías enfermas,  
defectuosas, que las perras apartan alzándolas del cuello con la boca,  
no se espera de nosotros ninguna fortaleza ni coraje. La mayoría de las veces  
no hace falta matarnos: el cuerpo vaciado del amor  
y del deseo de los otros pasa rápido. Una mancha en el cielo  
que pocos llegan a ver antes de que se apague  
a miles de años luz, sin poder hacer contacto con la tierra,  
sin que nadie la extrañe. Pero algunas veces,  
contra todas las probabilidades, una raíz crece desaforada,  
sostenida en el aire hasta clavarse en la materia,  
arrastrada por un deseo salvaje, por el empuje de la vida  
que resiste aunque sepa que en ese esfuerzo descomunal  
corre el riesgo de quebrarse. Dejé  
que tu cabeza descansara en mis manos, me dijiste, prometo  
no soltarte. Y yo, que lo único que sabía  
era que había que escapar del amor como quien escapa  
de una pedrada en el pecho, un golpe bien dado en el lugar  
más vulnerable, me quedé  
sin embargo en ese abrazo y fui curado  
de las enfermedades de los otros, de lo que hicieron conmigo  
para salvarse. No hizo falta que nadie más me tocara. Un cuerpo  
sostenido en otro cuerpo se vuelve una casa.

**Lo intacto, Hilos, 2018**

## Las noches de Cabiria

(Basado en el film de Federico Fellini)

De noche salimos como lobas a comernos  
las calles, pero somos más bien como un perfume, ese  
que trae el viento norte en los primeros  
días del verano: el que anuncia con su aliento  
pesado y cálido todo lo que habíamos  
olvidado en los meses de frío,  
interminables. Que hay una gracia, que hay  
una elegancia en esas fiestas del pueblo  
que parecen ordinarias y paganas, que hay  
que mirar más de cerca para verla. En la alegría  
feroz, inmotivada de los que nacimos para ser  
bestia de carga está esa gracia. Es fácil  
despreciarla. Nace y crece igual que los incendios,  
a partir de una chispa insignificante. No se necesita  
gran cosa y ya está ahí, imponente, la fogata que somos  
cuando nos desatamos las que hemos nacido  
con las patas apretadas por la soga, listas  
para convertirnos en la comida de los otros. Ya es un milagro  
que andemos sueltas. Da espanto  
a las buenas conciencias que no se pueda confiar  
en que las gentes permanezcan en el lugar al que han sido  
destinadas. A qué esa terquedad, esa vehemencia,  
si es más fácil agachar la cabeza y hacer  
lo que se espera de nosotras: esconderse, salir  
cuando somos llamadas, desaparecer si ya  
no resultamos necesarias. Y sin embargo,  
qué hermoso es mostrarnos, las plumas  
multicolores agitándose en el aire, el baile  
que festeja todo lo que no debe  
festejarse: el verdadero milagro,  
que es tener un cuerpo capaz de sentir  
lo mismo que el cuerpo de las santas, pero no  
ante un dios o ante el regalo  
del dolor sino ante el áspero  
contacto de otras manos: el sexo  
es más intenso y poderoso que una plegaria, no lo saben  
los que creen que es un anzuelo a clavar en las agallas  
del pez hasta extenuarlo, hasta sacarlo  
del agua boqueando  
desesperado, capaz de cualquier cosa  
por oxígeno. Ah, la más  
maravillosa música es la que nace  
de la pobreza y la fealdad, no lo saben  
los que nunca la han bailado: es como un halo

bajo el cual todo se convierte en su contrario, la muerte  
misma retrocede y se le entrega, mansa. Cuidado  
con los que no tenemos nada: cuando no queda  
nada que perder se pierde el miedo y ay, yo te aseguro  
que no quisieras encontrarte  
con alguien que no teme, no quisieras  
mirarlo a los ojos, sostenerle la mirada.

***El cuerpo, 2019, inédito.***